CARLOS FERNÁNDEZ SHAW

LA TRAGEDIA DEL BESO

POEMA DRAMÁTICO EN TRES CANTOS

Inspirado en La Comedia, de Dante Alighieri.

(Parte primera, El Infierno, Canto v.)





MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1910

Carlos Fernández Shaw

LA TRAGEDIA DEL BESO

POEMA DRAMÁTICO EN TRES CANTOS

Inspirado en **La Comedia**, de Dante Alighieri.

(Parte primera, **El Infierno**, Canto v.)

TEATRO DE LA PRINCESA.—14 de Marzo de 1910



MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551

1910

A María Guerrero

A ti,—radiante emblema
del Arte hispano, por tu gracia rico,—
la flor de mis ensueños, mi Pöema,
con inefable gratitud dedico.

Al singular encanto,
de Musa gentilísima, de Diosa,
con que subyugas tanto.

A tu voz melodiosa,
que infunde al verso vibración de canto.
Dulce voz,—¡oh, tesoro!,—
con dulces notas del sonar del oro.

Al ademán, y al gesto, con que impones
tan intensas, tan hondas sensaciones,
desde el trono, tu trono, del proscenio.

Al fulgor con que brillan tus miradas,
en las que enciende, sin cesar, tu genio
resplandores de rayos y de espadas...

A la suma poesía
de todas tus sublimes gentilezas.

A la suma armonía
de todas tus bellezas.

Al genio que te encumbra.

¡Al espíritu Sol que en ti deslumbra!

PERSONAJES

De los Cantos 1.° y 3.°

VIRGILIO................	D. Ricardo Juste.
DANTE ALIGHIERI......	Mariano Díaz de Mendoza.
FRANCESCA............	D.ª MARÍA GUERRERO.
PAOLO..................	D. Fernando Montenegro.

VOCES INTERIORES

ELENA......	Sra. Jiménez.
CLEOPATRA..........	Soriano.
SEMÍRAMIS...........	Salvador.
DIDO.................	Srta. Calvo.
PÁRIS................	Sr. Del Cerro.
AQUÍLES.............	Cayol.
TRISTÁN.............	López-Benety.

Del Canto 2.°

FRANCESCA (27 años)......	D.ª MARÍA GUERRERO.
LUCÍA (55 íd.)...............	María Cancio.
LANCIOTTO MALATESTA (37 años)..................	D. Luis M. Tovar.
PAOLO (32 íd.)...............	Fernando Montenegro.
RENZO (60 íd.)..............	Alfredo Cirera.
MATILDE (13 íd.)...........	D.ª Concepción Robles.
MARGARITA (12 íd.)........	Catalina Bárcena.
PETRUCCIO (14 íd.).........	D. Ricardo Vargas.

APUNTADORES

D. Daniel González, D. Ambrosio P. Liquiñano y D. Carlos Cirera

La acción fantástica, de los cantos 1.° y 3.°, en el Infierno, según Dante.—La acción real del 2.° canto, en las cercanías del castillo de Verrucchio, próximo á Rímini, y en una tarde de primavera de 1289

Derecha é izquierda, las del artista.

Los versos señalados con asterisco deben ser suprimidos en la representación.

CANTO PRIMERO

El segundo círculo del Infierno, según Dante. (El Infierno tiene la forma de un colosal embudo ó cono, invertido. En los nueve círculos que lo componen, los suplicios de los condenados son más intensos y crueles á medida que van estrechándose los círculos.) Decoración fantástica, iluminada por amplios y movibles reflejos rojos. En segundo término, destácanse dos alturas pequeñas: una, mayor, á la derecha; á la izquierda la otra. Caminos ocultos á la vista de los espectadores, dan acceso á las alturas marcadas; de tal modo, que las figuras que por ellos suban vayan presentándose, en su ascension, poco á poco.

Una orquesta oculta deja oir brevísimo preludio. Descubre el telón el cuadro ya descripto y aún sigue sonando la música hasta el momento que más adelante se fija.

ESCENA PRIMERA

VOCES INTERIORES. Después, VIRGILIO y DANTE

UNA VOZ ¡Ay, que en las llamas del amor perverso
me abraso sin cesar! ¡Cielos, valedme!

OTRA (Después de una pausa.)
¡Todas las aguas del inmenso Nilo
no apagarían el terrible fuego
que me consume sin piedad!

OTRA ¡Ni un punto
cesan mis ansias! ¡Cielos, concededme
dulces instantes de piedad, siquiera!

OTRA Busqué la muerte, por amor. La angustia
de la trágica Muerte, me devora
como en el trance de morir.

OTRAS —¡Dios mío!
—¡Pequé... pequé!...
—¡Perdóname!
—¡¡Perdóname!!

(Aparecen Virgilio y Dante en la forma indicada ya, hasta dominar la altura á la derecha.—Viste Virgilio á la usanza de su época inmortal. La corona de sus laureles ciñe sus sienes gloriosas. Dante preséntase tal y cómo los artistas de su tiempo reprodujeron su insigne figura. El amplio manto que la cubre es de color de escarlata, y á su cuerpo se pliega con señoril majestad.)

DANTE ¡Oh, mansión de la pena y del espanto!
VIRG. «¡Dejad, los que aquí entréis, toda espe-
[ranza!»,
dice, y advierte, su espantable puerta.
DANTE Mírola yo como los vagos ojos
del náufrago infeliz, desde la playa,
las olas ven, que ha poco le acosaron...
VIRG. Conmigo sigue, sin temor.
DANTE Contigo
marcho seguro por las sombras. Eres
tú mi mäestro, mi señor, mi guía.
VIRG. Este es, oh Dante, el círculo segundo
del pavoroso Averno, ya pasadas
las regiones del Limbo, misteriosas.
Aquí el tormento del afán perenne,
no saciado jamás, las almas sufren.
¡Aquí las culpas del Amor se expían!
VOCES (Lejanas.)
—¡Cielos, valedme!
—¡Por piedad!
—¡Dios mío!...
—¡Pequé, pequé!...
—¡Perdóname!
—¡Perdóname!
VIRG. ¿No escuchas?... (Prestando atención.)
DANTE Los suspiros, los sollozos,
los lamentos sin fin...
VIRG. *En vario idioma*
y en horrible discurso.
DANTE *Las palabras*
del dolor, los acentos desgarrados
de la cólera bárbara...

VIRG. *Las voces*
altas y roncas..
DANTE *¡Y el crujir siniestro*
de las manos crispadas!...
VIRG. ¡Oh, tumulto,
que pasas y *que vuelves por el aire,*
temeroso y *oscuro, como tromba*
de arena ardiente que arrebata el viento!...
DANTE ¡Oh, martirio, sin término ni tregua!
¡Oh, sima de los réprobos, sin fondo!
¡Oh, mansión de la pena y del espanto!
(Suenan las voces más cerca.)
UNA VOZ ¡Ay, que en las llamas del amor perverso
me abraso sin cesar! ¡Cielos, valedme!
VIRG. ¡Clama en las sombras, sin cesar, Elena!
OTRA VOZ ¡Todas las aguas del inmenso Nilo
no apagarían el terrible fuego
que me consume sin piedad!
DANTE ¡Cleopatra!
OTRA VOZ Rodé, cäí, desde mi excelsa altura,
sin que una mano me acudiese... ¡Cielos,
un dulce instante de piedad, siquiera!
VIRG. ¡Semíramis clamó!...
DANTE ¡Y en vano clama!
OTRA VOZ Busqué la muerte por amor. La angustia
de mi trágica Muerte, me devora
como en el trance de morir.
VIRG. ¡Fué Dido!
VOCES —¡Cielos, valedme!
—¡Por piedad!
—¡Dios santo!
—¡Pequé, pequé!...
—¡Perdóname!
—¡Perdóname!
VIRG. ¡Páris, y Aquiles y Tristán!... ¡Mil sombras!
(Ha cesado la música.)
DANTE ¿Cuáles aquellas dos, que por el aire
deslizándose van, siempre abrazadas?
¡Tan juntas vuelan que parecen una!
(Señalando hacia un lejano término.)
Va con la sombra pálida, levísima,
de una hermosa mujer, la leve sombra
de un gallardo galán. Pasan llorando.
VIRG. *Francesca* fué, de Rávena; Päolo,
de Rímini... (Señalando.) Ya pasan.

DANTE — Ya se alejan
por el aire otra vez. Dime su historia.
VIRG. — Como palomas vuelan. Hacia el nido.
VOCES — (Muy lejanas.)
—¡Pequé de tanto amor!...
—¡Piedad, Dios santo!

—

VIRG. — Ya Italia...
DANTE — (Con suprema unción.)
¡Oh, madre!
VIRG. — ...¡oh, madre!, desgarradas
sus entrañas vëía, con las luchas
de Gibelinos y de Güelfos.
DANTE — (Después de cubrirse el rostro con las manos.)
¡Odios
entre ciudades de la tierra misma;
guerra feroz, de hermanos contra hermanos,
y de los hijos contra el padre, á veces.
VIRG. — Güido Novello de Polenta, padre
de *Francesca* infeliz...
VOZ — (Muy lejana.) —¡Perdón, Dios mío!
VIRG. — Fué de Rávena rey, y en los afanes
de su débil poder, buscó la fuerza
de un alïado en el señor de Rímini.
Lindaban sus dominios con los suyos,
pero hasta entonces trágicas discordias
los separaran.
DANTE — (Mirando hacia lo lejos.)
¡Desparecen!... ¡Sigue!
VIRG. — Era señor de Rímini el odiado
Malatesta, de cuerpo miserable,
de miserable condición. Tenía
dos hijos: uno tétrico y terrible...
DANTE — ¡Como el padre!
VIRG. — ...*Lanciotto;* con el alma
perversa y vil, como su vil figura,
y otro, el menor, Päolo, fiel reflejo
de la bondad y encantos de su madre,
trasunto fiel de la Belleza misma.
Fué á Rávena Päolo... Su apacible
carácter natural, le designaba
para el empeño de ajustar las paces.
Fué á Rávena Päolo, y prontamente
las paces ajustó. Quedó prendado
de *Francesca* gentil. Le amó *Francesca.*

* ¡En el feliz tratado, en la concordia
* de Rávena y de Rímini, rivales,
* puso el amor un ósculo por sello!...
Fueron entonces, con la paz, á Rávena,
Malatesta y *Lanciotto.* Ya el idilio
va á terminar, y asoma la tragedia.
(Acentuando el tono, y con rápida expresión.)
Enloquece *Lanciotto*, deslumbrado
por la hermosura de *Francesca.* Toma
con las astucias de su padre alientos,
y alejan á Päolo, que ignorante
del mal que le disponen, parte á Urbino,
jurando amor á su gentil amada.
Pronto dice su intento Malatesta.
Pronto el señor de Rávena comprende
que está en peligro su poder, si duda.
Pronto *Francesca*, desolada, implora
noble piedad para su amor, en vano.
Francesca cede, resignada. Entrega
su dócil cuello al sacrificio...

DANTE ¡Vuelven!
¡Llegan! ¡Mira, señor!

VIRG. ¡Sus bodas tristes,
más bien que bodas, funerales fueron!

DANTE (Mirando y hablando, hacia la izquierda.)
¡Almas gemelas, almas tan unidas
por el tormento atroz: venid y habladnos!
¡Decidnos vuestro mal! ¡La paz del mundo,
la paz del Cielo, con vosotras sëan!

ESCENA II

VIRGILIO, DANTE, «FRANCESCA», PAOLO, VOCES interiores

VIRG. Vé, cuán amables, sosegando el vuelo,
parece que se posan.

PAOLO (Dentro.) ¿Quién nos llama?
¿Qué acento amigo resonó, tan dulce?

DANTE *¡Francesca*, ven!

VIRG. ¡Persuádela, Päolo!
(Francesca y Paolo, amorosamente abrazados, aparecen, á la izquierda, en la altura, frente á Virgilio y Dante.

Vagos tules, de vaga niebla, envuelven sus figuras, y tras ellas se arrastran, como jirón de nube. Libres lucen las nobles frentes, los tristes rostros, los altos bustos. Libres los brazos, para la acción moderada y severa.)

FRAN. *Ser compasivo y bienhechor*,—¡quien sëas!—
tú que en las sombras de la eterna noche
que ve mi angustia, con amor nos hablas,
y nos acojes con amor: ¿quién eres?,
¿qué buscas de nosotros?, ¿quién te envía?

PAOLO Tú, que dulce nos llamas,—*á nosotros*
que en sangre el mundo, con horror, teñimos;—
si el Rey del Universo nos amara,
pidiéramos por ti, por la ventura
de tu *reposo eterno. ¡Bien merece*
noble reposo quien nació tan noble!

DANTE Salud, ¡oh, sombras trágicas!, ¡oh víctimas
del amor desdichado!

FRAN. ¡Tú nos amas!

PAOLO No dudes, no receles. ¡Fué tan sólo
culpa de amor nuestra vitanda culpa!
(Pausa breve.)

FRAN. *Ningún dolor en su dolor más grande*
que el de evocar, en tiempo de miseria,
las bienandanzas del pasado tiempo.
Mas, sin angustia, las evoco. Fuimos,
en bellas horas, tan felices, ¡tanto!,
que hasta á las sombras del Infierno llegan
visiones gratas del ayer, é inundan
el hondo Averno de radiantes luces.
En vano fué que, con mis tristes bodas,
me condenara al sacrificio; en vano
que viviera en mi angustia reclüída.
Bellos jardines, lúgubres salones
de aquel castillo de Verruchio, pueden
contar mis penas en tan negros días.

PAOLO Y en vano fué que, por la Italia toda,
llevara mi dolor y procurara
buscar olvido, procurando bienes
del arte y la amistad... ¡Oh tenebrosos,
lentos, y duros, y terribles años!

VIRG. ¡Llorad, almas, llorad!
(Francesca y Paolo sollozan.)

DANTE ¡Llorad, sin tregua!

FRAN. ¡Nunca mis ojos llorarán bastante!

PAOLO (Con frase más apresurada cada vez.)
Engañados al fin, y al fin seguros,
—ella, y *Lanciotto*, y yo,—de que moría
sin brasa alguna la apagada hoguera,
volví con ellos, á su hogar; al viejo
sagrado hogar de mis mayores. ¿Pudo
pensar, entonces; sospechara nadie,
que del fuego pasado brotaría
nueva llama, voráz y abrasadora?

FRAN. Yo con ella luché, para que nunca
su luz me delatase.

PAOLO Deslumbraba,
más hermosa que nunca, mi *Francesca.*
¡Y yo cerraba mis amantes ojos
para no verla tan hermosa! Nadie
lo advirtió. Ni Lanciotto.

FRAN. Fué encumbrado
Lanciotto en breve á *podestá* de Pésaro,
y á Pésaro marchó.

PAOLO Que así la Suerte
contra nosotros se ensañaba infame.

FRAN. (A Dante.)
¿Viste nunca dolores tan acerbos,
por capricho del Hado?

PAOLO Yo debía
velar por sus dominios, por el dulce
quieto vivir de mi Señora. ¡Oh trance
fiero y crüel! ¡Oh súbitos y hermosos
arrebatos de amor!

FRAN. Y como suele
torvo nublado, que imprevisto llega,
robar á un cielo transparente y puro
los destellos del Sol... ¡llegó la culpa!
(Pausa.)

VIRG. ¡Llorad, almas!...

DANTE ¡Llorad..! Mas, ¿qué terribles
nuevos clamores? ¡Como en racha dura
del viento destructor, del viento loco,
vuelven los ayes, los lamentos suenan!
(De nuevo ha empezado á sonar la música; vivamente, con tonos dramáticos.)

VOCES (Que van sonando, sonando, cada vez más cercanas, y que van desvaneciéndose luego, dolorosamente.)
—¡Ay, que en las llamas del amor perverso

me abraso sin cesar! ¡Cielos, valedme!
—¡Todas las aguas del inmenso Nilo
no apagarían el terrible fuego
que me consume sin piedad!
—¡Ni un punto
cesan mis ansias!
—¡La implacable angustia
de la trágica Muerte me devora
como en el trance de morir!
—¡Dios mío!
—¡Pequé, pequé!
—¡Perdóname!
—¡Perdóname!

DANTE ¡Oh, sima de los réprobos sin fondo!
VIRG. ¡Oh, mansión de la pena y del espanto!
DANTE ¡Dejad, los que aquí, entreis toda esperanza!
FRAN. (Suplicante.)
¡No lo digáis vosotros, oh, mäestros
de excelsa mente; bienhechoras luces
en tanta lobreguez y en tanta pena!
(Sigue sonando la música. Los personajes van hablando, hasta que el canto concluye, con tristes pausas, como apagando sus voces.)

VIRG. ¡Llorad, almas, llorad!
DANTE ¡Alivia el llanto!
VIRG. (A Paolo.)
¡Tú que hallaste á la vez sino y verdugo!
(A «Francesca».)
¡Tú, sobre todos, memorable ejemplo
de la mujer vendida... y castigada!
FRAN. ¡Nunca bastante llorarán mis ojos!
PAOLO ¡Nunca mis ojos llorarán bastante!
(Silencio solemne.)
DANTE Mas, ¿cuál fué vuestro fin? ¿Cómo en sus [garras
el águila os clavó de la tragedia?...
PAOLO ¡Prestadnos atención! ¡Siempre!
FRAN. ¡¡Por siempre!!
PAOLO ¡Con piedad!
FRAN. ¡Por piedad! Sigue mi historia...
(Obscuro completísimo. Sigue la música unos momentos más, enlazando el fin de este primer canto con los comienzos del siguiente.)

CANTO SEGUNDO

Selva en los estados del Castillo de Verruchio, que se divisará á lo lejos, sobre un monte rocoso, por un claro del follaje.

La selva es hermosa; con altos árboles y profusas plantas. Abril la ha engalanado llenándola de flores. Luce el cielo tonos radiantes. El sol primaveral esplende magnifico, pero en la vaga lejanía se cierne un nublado tempestuoso, que al cabo desaparecerá.

En primer término, los arboles forman de modo natural una rústica plazoleta. En primer término, á la derecha, un tronco derribado—al pie de otro, muy fuerte y aucho y erguido,—ofrece asiento.

Suenan con un intervalo breve dos truenos lejanos.

ESCENA III

MATILDE, MARGARITA, «PETRUCCHIO»

Entre los árboles hacia la derecha óyense juveniles y largas risas. Sale Matilde corriendo, perseguida por «Petrucchio». Margarita los sigue, corriendo también

MARG. Corre, Matilde, corre;
¡que ya te abraza!
(«Petrucchio» logra detener á Matilde en la plazoleta.)
MAT. ¡Qué terquedad!
PET. ¡Al cabo!
¡Cayó la plaza!
MAT. ¡Vete, *Petrucchio!* ¡Vete!
MARG. ¡Déjanos solas!
PET. Parecéis, encendidas,
dos amapolas.

MAT. Déjanos, que sigamos
á nuestras anchas.
¡Tú nos sigues!..
MARG. ¡Nos pisas!...
MAT. ... ¡Y al fin nos manchas!
Nuestros gustos—lo sabes—
van desunidos.
MARG. Gustamos de las flores.
MAT. Tú, buscas nidos.
Por eso, descuidado,
bien te encaramas,
sin temor al peligro
sobre las ramas;
en tanto que nosotras,
por las anchuras
de la selva florida,
vamos seguras.
MARG ¡Brindándome sus galas
y sus primores,
á mis manos acuden
las mismas flores!
(Oyese nuevamente un trueno lejano.)
MAT. ¡Ay, qué truenos!
MARG ¡Me asustan!
PET. ¿Matan acaso?
Ya se va la tormenta.
Vino de paso.
MAT. ¿Qué consigues, *Petrucchio*,
cazando nidos,
con los pájaros dentro,
medio dormidos?...
¿Que no sufren los pobres
se te figura?
¿Qué son los nidos?
MARG (Rápidamente.) ¡Casas
en miniatura!
MAT. ¿Qué sus pájaros—dime—
con los que muestras
tanta maldad?
MARG. (Idem.) ¡Familias,
como las nuestras!...
(Con exageración muy infantil.)
Tú matas á los padres.
¡Luego á los hijos!

Se te quedan mirando;
fijos, muy fijos;
¡los pájaros!, ¡los pobres
pájaros yertos!...

MARG. ¿No te da pesadumbre
de tantos muertos?
Es, quien destruye un nido,
mala persona.
¡Dios,—lo sé de seguro,—
no la perdona!

MAT. Una mujer y un hombre
se quieren mucho...

PET. ¡¡No me digáis simplezas,
que no os escucho!!

MAT. Tú vas, y los desunes,
porque se quieren;
y al ver que los separan...
¡ellos se mueren!
¿Qué logras, con mirarlos
entristecidos?
Lo que logras, *Petrucchio*,
si cazas nidos.
Que sepa que eres malo,
que lo pregone...

MARG. ¡Y que Dios, que es tan bueno,
no te perdone!...

PET. ¡Si ya no cazo nidos!
¿Sabéis qué cazo?
¡Mariposas! ¡Al vuelo!
¡Con un abrazo!
¿Qué sois vosotras?

MAT. ¡Simple!

PET. Mariposuelas;
tú que vuelas, tan linda;
¡tú que revuelas!
Por eso, ya, si corro,
voy tras vosotras.
Me gustáis, hace días,
más que las otras.
Para lindas y leves
mariposuelas,
no las del campo; ¡lindas,
leves mozuelas!;
de semblantes risueños,

de labios rojos;
de orejas menuditas,
de vivos ojos;
de cuerpos que enamoran,
de fino talle;
flores del campo, flores
de Abril, ¡del valle!;
¡que nos brindan aromas
tan halagüeños!..
¡Mariposas alegres!
¡Las de mis sueños!...

(Quédase un momento abstraído, como satisfecho de sus palabras. Las muchachas aprovechan su distracción.)

MARG (Escapando, rápidamente, por la izquierda.)
¡Corre, Matilde! ¡Corre!

MAT. (A quien «Petrucchio» sujeta de nuevo.)
¡Déjame! ¡Quita!

PET. ¡Pero, escucha!...

MAT. ¡No escucho!
¡Voy, Margarita!

(Logra desasirse. Escapa detrás de Margarita. «Petrucchio» intenta seguirla, pero en vano...)

PET. ¡Que siempre me sucedan
las mismas cosas!
¡Otra vez se escaparon
las mariposas!

(Corre en la misma dirección que las muchachas. Las risas de Margarita y Matilde llegan, desde dentro, claramente, y se van alejando, como desvaneciéndose, poco á poco.)

ESCENA IV

«LANCIOTTO» y RENZO

Aparecen, hoscos, sombríos, por la derecha. «Lanciotto» impresionará, desde el primer instante, por el gesto duro y terrible, por la mirada torva, por la fiereza de su expresión y de sus ademanes. Renzo es un hombre de bastante edad, seco de figura y de alma. Cruzando entre los árboles, bajan al centro de la escena

RENZO Este, Señor, es el lugar.

LANC. (Después de mirar á un lado y otro.) ¡El nido!
Con flores lo adornó la primavera.

Para nidos así, consiente el cielo
que lance la venganza sus centellas.
Él tiempo,—no lo dudes,—huele á rayos.
¡Ronda, por esos aires, la tormenta!

RENZO (Acercándose á él y bajando la voz.)
No sé cómo, Señor; no sé qué instinto
despertó, de repente, mis sospechas,
cuando apenas en Pésaro dictaba
vuestro poder sus órdenes primeras.
La culpa se delata, ciertamente,
cuando el recelo, sin dormirse, acecha.
Poco tardaron en saber los míos.
Ví sus miradas, al mirarme, inquietas.
Cuando se hallaban, al azar, temblaba,
con el temblor de las palomas, ella.
Cuando se hablaban, ante mí, subía
siempre á sus labios la palabra trémula.
Fué poco á poco, la Verdad, venciendo,
con clarísima luz, á la apariencia;
tal como el Sol descubre, con la aurora,
cuanto en la noche recató la tierra.
(«Lanciotto» escucha ávidamente, con expresión sardónica.)
¡Se refugian aquí! Siempre á la tarde.
Cuando la tarde á declinar empieza.
Y en estas citas del amor prudente
quizás la cita criminal conciertan.
*Buscan silencio y soledad y calma.
*Silencio, calma, soledad, encuentran.
*¿Dónde la angustia del temor más lejos?
*¿Dónde el encanto del amor más cerca?
*Lindas flores alfombran su camino.
*Nadie los mira. Nada les inquieta.
*Los pájaros errantes pasan pronto.
*Los niños vagabundos corren, vuelan.
*¡Los pájaros no cuentan lo que escuchan!
*¡Los niños y las flores no se enteran!
Dudé, y al fin os avisé.

LANC. ¡Malditos,
malditos ellos, y malditos sëan!

RENZO Al subir, hace poco, por «Las Cruces,»
para veros al fin, con qué presteza
se acercaron, ¡cuán pronto se entendieron!,
vuestro enojo, Señor, y mi impaciencia.

¡Cuán pronto os descubrí, bajo la capa
del disfraz misterioso que os cubriera!

LANC. (Súbitamente, y dejando que rompa su enojo.)
¡No! ¡No! No más disfraces que me humillan!
¡No más oprobios! ¡No! ¡No más vergüenzas!
*¡Venganza pide mi furor! ¡Venganza,
*la sangre que se enciende por mis venas;
*venganza, por los aires, con las voces
*de sus truenos lejanos, la tormenta;
*venganza, mis dominios, que me temen;
(Señalando hacia el fondo.)
*venganza, mi castillo, que me espera;
*como el nido del águila, clavado
*sobre los picos de robustas peñas!...
*¡A mi venganza asistiréis, terrible,
*mi castillo, mis súbditos, mis tierras!...
¡Pronto los halle! Los encuentre, juntos,
donde, espantados, con horror me vean.
¡El, por su sangre de traidor vendido!
¡La infame sin honor, lívida y yerta!
(Volviéndose, como si le hablara.)
¡Siempre, ah Päolo,— desde niño,— fuiste
causa fatal de mis horribles penas!...
Sábelo ya, cuando mi voz te acusa.
Sábelo ya, desventurado, ¡y tiembla!
¡Porque era tuya, para mí la quise!
¡Más que tus artes, lograrán mis fuerzas!
¡Supe librarla de tus lazos, viva!
¡¡Sabré arrancarla de tus brazos, muerta!!

ESCENA V

«LANCIOTTO», RENZO y LUCÍA

LUCÍA (Que sale apresuradamente, por la izquierda, de entre los árboles.)
¡No, por piedad!, ¡por compasión!

LANC. (Como volviendo en sí.) ¿Quién habla?

RENZO (A Lucía.)
No, de tu astucia, sospeché bastante.
¿Vienes á descubrirnos? Me seguías.

LUCÍA (A Lanciotto.)
¡Siempre, señor!
(A Renzo.) ¡Con maña! ¡Recatándome!

Desde el punto fatal en que supuse
toda la infamia de tus viles planes.
Callaba siempre. Ni á *Francesca* dije
mi temor...

LANC. (Rápidamente.) ¿Nada sabe?

LUCÍA Nada sabe.

LANC. (A Renzo.)
(¡Nada sabrá!)

LUCÍA ¡Por compasión! Patrañas
tan sólo os dijo.

LANC. ¡Para mí, verdades!

LUCÍA ¿Vos á *Francesca?*... ¡Sálvala, Dios mío!
¡Santa Madona del Dolor, ampárame!
(Se arrodilla ante «Lanciotto.»)
¡Ved mi llanto, Señor! ¡Desde el momento
en que perdió la suya, soy su madre;
yo, que la dí como segunda vida;
vida en mis pechos, con mi propia sangre!

LANC. ¡Ruegas en vano!

LUCÍA ¡¡Por piedad!!

LANC. En vano,
clamas y lloras, ante mí. ¡¡Levántate!!
Mientes lo mismo que *Francesca.* Engañas...
¡mujer al cabo!... ¡y por mujer, infame!

LUCÍA (Irguiéndose rápidamente, con súbita transición.)
¡Pues bien, Señor! ¡Mujeres valerosas
enfrenan á los hombres miserables!

LANC. ¿Qué has dicho?

LUCÍA ¡Ya no temo! ¡Ya no imploro!
¿Renzo la pierde? ¡Que mi amor la salve!
¡Nada podrás contra el amor que salva!
¡Prueba á reñir contra el amor de madre!

LANC. Vete, ¡y si hablaras...!

RENZO ¡Maldición!

LUCÍA (Más enérgica á cada momento.) Ya es hora
de que, por mí, sus desventuras hablen.
La llevaste ante Dios como una esclava.
¡Más bien que la llevaste, la arrastraste!
¡Por envidia, por celos, por el odio
que tu hermano te inspira! ¡Dios lo sabe!
¡Fué vendida *Francesca!* ¡Fué comprada
por tu ambición, al pie de los altares!
¡Hasta á Dios engañaste, y aún pretendes,
con terca ceguedad, que Dios te ampare!

¡No probó con tus besos, mi *Francesca*,
la dicha del amor; probó el ultraje!
¡No fué de tu castillo la Señora!
¡Fué prisionera, en espantosa cárcel!
¿Qué martirio mayor que el de tenerte,
verdugo de su bien, siempre delante?
¿Dónde tormento, como el suyo, largo?
¿Dónde virtud, como la suya, grande?
¿Quieres ser justo alguna vez? ¡Perdónala!
¿Pones el precio de una vida? ¡¡Mátame!!

LANC. (Yendo á ella y asiéndola, bruscamente, de un brazo.)
¡No mereces morir entre mis manos!
¡Mereces el verdugo!
(Soltándola violentamente.)
¡Que él te acabe!

LUCÍA (Aterrada.)
¡¡Y que *Francesca*, abandonada, quede,
sin amparo en el mundo que la guarde!!
(Desfalleciendo.)
¡Sentí la muerte aterradora! ¡El frío
de la muerte llegar!... ¡Sus ansias!...

LANC. Antes
pude, ¡tal vez!, arrepentirme. Luego
de escucharla, en tu voz, al escucharte,
¡ni aun Dios la salvará! ¡Tú la has perdido!
¡La has condenado!

LUCÍA (Trastornada y temblorosa.)
¡¡No!! ¡Corran á mares
mis lágrimas por ella! ¡No, *Lanciotto!*
Por la santa memoria de tu madre;
¡por la Virgen!, ¡tu Virgen!; ¡por el Cielo,
que nos mira!; ¡¡por Dios!!

RENZO (A Lucía.) ¡Escapa! ¡Sálvate!

LUCÍA (Retrocediendo, con los brazos en cruz, frente á «Lanciotto».)
¡Ya no te ofendo, no; pero, perdónala!
¡Tus plantas besaré! ¡Será tu imagen
sagrada para mí!... Ya soy, tan sólo,
la mujer que solloza, suplicante.
¡Mi *Francesca*, Dios santo! ¡Mi *Francesca!*
¡La esclava fué de tu pasión! ¡Fué mártir!
¡Lanciotto: un punto de piedad! ¡Perdónala!
¡¡Santa Madona del Dolor, ampárame!!
(Desaparece entre los árboles, á la izquierda.)

RENZO (Acudiendo á «Lanciotto».)
¡Calma, señor!
LANC. ¿Más calma? Vé tras ella.
RENZO (Mirando hacia la izquierda.)
Desfallece al andar.
LANC. ¡No te delate!
¡No nos descubra! Llévala, muy lejos,
donde nadie sospeche. Que la guarden,
como en prisión, hasta mañana. ¡Aprisa!
RENZO Calma, señor.
LANC. (Sonriendo con ironía.)
Aguardo entre los árboles.
(Renzo sigue á Lucía. Por la derecha, desaparece «Lanciotto». Nadie permanece en escena. Déjase oir la música de nuevo; una música de notas suaves, intensamente melodiosa. Dijérase que todo canta, bajo la luz del sol, en la hermosísima selva: los pájaros, bendiciendo á la luz; los tímidos soplos de la brisa, moviendo y acariciando ramas y flores; las limpias aguas de las ocultas fuentes... ¡Todo! Al fin, en momentos tales, de tan puros encantos,—como evocada por ellos,—aparece «Francesca». Cesa á poco la música.)

ESCENA VI

FRANCESCA, MATILDE y MARGARITA

Sale «Francesca» por el fondo izquierda y va avanzando lentamente. Acogidas á ella, que las retiene con uno y otro brazo, vienen Matilde y Margarita. Traen grandes manojos de rosas.

FRAN. (Riendo.)
No escapeis á mis ruegos; no os inspire te-
[mores.
Yo también, por el mundo, voy cogiendo
[mis flores.
En mis brazos os llevo.
MAT. ¡Por favor!
MARG No nos riñas.
FRAN. Llevais flores. Yo enlazo con las flores las
[niñas.
MARG En tus ojos, tan grandes, sí que hay niñas
[risueñas.
(Asomándose á los ojos de «Francesca».)

MAT. ¿Es verdad que son claros porque sueñas? ¿Qué [sueñas?
(Han deshecho los abrazos.)
FRAN. (Con gran dulzura, á Matilde.)
Dí tu nombre.
MAT. Matilde.
(A Margarita.) Dilo tú.
MARG Margarita.
(A «Francesca».)
Dilo tú.
FRAN. Yo me llamo...
MARG. (Interrumpiéndola, vivamente.) La señora bonita.
La señora *Francesca.*
MAT. (Como corrigiéndola.) Dí, no más, la señora;
la señora de un pueblo que en sus gracias adora.
MARG La señora bonita, como dice *Petrucchio.*
MAT. La señora de Rímini; (Señalando hacia el castillo.)
castellana en *Verruchio.*
FRAN. (A Matilde.)
¡Cuánto sabes! La ciencia de los niños me encanta.
(A Margarita.)
¿Qué me miras?
MARG Parece la señora una santa.
FRAN. ¿Qué presente me hicieras?
MARG Una linda corona.
Como el nimbo de luces de la Santa Madona.
FRAN Hay coronas que duelen: hay coronas de espinas.
MAT. Las que en torno se ciñen de las frentes divinas.
FRAN. Sabes ya demasiado. (Transición.)
Dame flores. Las flores
son los ricos presentes de los tiernos amores.
MAT. ¿Y es verdad que no acaban esos grandes cariños?
FRAN Lo aseguran las viejas, en sus cuentos de niños.
(Como antes.)
Dame, dame las rosas...
MARG. (Intentando engalanarla.) ¡Sobre el fino cabello!
MAT. ¡Por el talle, y que suban, con amor, á tu cuello!
FRAN (Deteniéndolas)
Con prudencia, las niñas. Yo sabré colocarlas.
(A Margarita.)
Mientras gozas y ríes, (A Matilde.)
mientras charlas y charlas,
(Abrazándolas de nuevo.)
me daréis, á porfía: su perfume, las rosas;

(A Matilde.)
tú, las voces alegres; (A Margarita.)
tú, las risas gozosas;
sus murmullos el bosque; sus destellos el día...
¡La Poesía me valga!

MAT. ¿No eres tú la Poesía?
Para ser, de improviso, tanta dicha completa,
sólo falta...

FRAN. ¿Qué falta?

MAT. Sólo falta el Pöeta.

(Pausa. «Francesca» se ensimisma un instante, y dice al punto, con nueva transición.)

FRAN. Dadme, dadme las rosas. Quiero dos solamente.
Dos muy buenas. Que halaguen con su olor, blan-
[damente.

MAT. (Colocando una en los cabellos de «Francesca».)
Esta, rosa, en un trono.

FRAN. (Sonriendo.) Ya florecen mis rizos.

MARG. (Con la acción adecuada.)
Esta, blanca, en el pecho.

MAT. Perderá sus hechizos.

FRAN ¡Ya no más!

MARG. ¿No las quieres?

MAT. ¡Son tan lindas!

FRAN. ¡Son tantas!

MAT. Pues que mueran dichosas: ¡que las huellen tus
[plantas!

(Las dos echan sus brazadas de flores á los pies de «Francesca». «Francesca» ríe.)

MARG. (Con timidez.)
Ya me voy, que me esperan.

MAT. Yo también.

FRAN. Margarita,
¿quién te espera?

MARG. ¡Mi madre!

FRAN. (A Matilde.) ¿Vas al pueblo?

MAT. A la er-

FRAN. (A Margarita.) [mita.
Dame un beso. (La besa.)

MARG. ¡Qué dulce!

FRAN. (A Matilde.) Dame un beso.
(Bésala también.)

MAT. ¡Qué largo!

FRAN. Nunca el beso de veras es furtivo, ni amargo.

MAT. Tú si besas no engañas.

FRAN. ¡Tú qué sabes!

MARG. (Por Matilde.) ¡Qué loca!
(A «Francesca».)
Huele á flores tu aliento; sabe á mieles tu boca.

FRAN. (A Margarita.)
Vé con Dios.
(A Matilde.) Ya te esperan en la ermita y es tarde.
(Margarita y Matilde marchan hacia opuestos lados.)

MAT. ¡Que el Señor te proteja!

MARG. ¡Que la Virgen te guarde!
¡La señora bonita!

MAT. La señora...

FRAN. (Fijándose en que, al irse, la envían besos por el aire.)
¿Qué es eso?

MARG. ¡Para ti, que me quieres!..

MAT. ¡Mi regalo!

MARG. ¡Mi beso!
(A la vez, la envían nuevos besos, y huyen alegremente.)

ESCENA VII

«FRANCESCA»

Larga pausa. Quédase «Francesca» abstraída en vaga meditación.—Su figura gentilísima parece que nace de las flores que han echado á sus pies.—Luego, va hablando, muy dulcemente, muy vagamente, como si en sueños hablara

No ha venido. No vendrá.
Vagará
del otro lado del monte.
Mirará,
sin mirar, al horizonte...
Soñando y soñando allí.
No ya con vana quimera.
Con la verdad lisonjera
que á sus ojos descubrí.
Bien hace fingiendo así;
pero mejor le quisiera
junto á mí.

—

Soy ya suya, suya fuí,
vida alegre, primavera.
¡Le rendí
mi alma entera!
¡Le rindiera
cien almas, si las hubiera!

—

Vivo sólo para verle.
Viviré para tenerle.
Más temor
no tendré que el de perderle.
Primavera
placentera;
bosque en flor:
¡para hechizarle, quisiera
vuestro encanto seductor!
Bosque amante: dame olor
á tus flores. Primavera,
campo en flor:
¡dame amor!

—

¡Qué mudanza
de mi suerte, en un momento!
Ya es contento
y esperanza,
cuanto fuera sufrimiento.
Desde ayer
gozoso mi pecho alienta.
Nuevo sér
me dió la noche al volver;
voluntad, para vencer
á mis dudas, la tormenta.

—

*Mis temores me angustiaban.
*Los temores insistentes
*de mi amor, que al fin acaban.
*¡Como en nido me acosaban
*de serpientes!
¡Me acosaban, por momentos,
las idëas, convertidas
en tormentos!...

—

Ya en mis lances de fortuna,
vivo, al cabo, sólo en una.
Ya brilló, con luces bellas,
la Aurora. ¡Vuelve con ellas!
Murió la Noche á sus plantas,
cegada por su arrebol.
¡Se han borrado las estrellas,
que eran tantas!
¡¡No ha quedado más que el Sol!!

—

Claro cielo,
pura imagen del reposo:
para mi naciente anhelo,
sé benigno, sé amoroso.
Vida nueva,
que apareces
de mi amor en derredor;
campo bello, que floreces
por designios del amor;
leve brisa,
—tan feliz en los donaires
de tu gracia,—leve risa
de los aires;
luz ardiente
de mi Sol, del rubio Apolo,
que te posas en mi frente,
como un beso de Päolo:
¡dadme alientos!
¡Dad dulzura á mis acentos!
Dad hechizo á mi figura
dolorosa.
Que renazca, vanidosa,
mi hermosura.
¡Bosque amante: dame olores
á tus flores!
¡Primavera, vida en flor!
¡Primavera,
lisonjera:
para el alma que le espera,
dame amor!... ¡¡Amor!!... ¡¡¡Amor!!!
(Por el fondo, aparece Paolo.)

ESCENA VIII

«FRANCESCA» y PAOLO

PAOLO ¿Amor? ¡Amor te traigo con mi vida!
FRAN. (En éxtasis.)
¡Tu amor!
PAOLO ¡Amor inmenso! (Avanza hacia ella.)
Amor exhalas,
como su olor la tierra florecida.
(A media voz.)
¡Cuán tibia tarde...!
FRAN. Protectora, lenta...
PAOLO La tormenta pasó. Con leves alas,
rozó, no más, tu cielo, la tormenta.
Un instante brevísimo, tan sólo.
¡¡Alma del alma de mi ser!!...
FRAN. ¡Päolo!
PAOLO ¡¡Cuánto y cómo te quiero!!
¿No me esperabas ya?
FRAN. ¡Siempre te espero!
PAOLO Ven á mí. Que suspire,
sintiendo tu suspiro, en tu regazo;
que de nuevo te mire
temblar, con los temblores de mi abrazo.
(Se contemplan, amorosamente.)
¡Alma del alma mía!
¡Luz de la gloria, que el Amor me envía!
¡Luna, toda poesía,
del dolor que sufrí: noche sombría!
¡Rubio Sol de mi día!
¡Amor de los amores!
¡Flor de todas las flores!
De todas las mujeres,
la más hermosa para mí: ¿me quieres?
(Calla «Francesca», en mudo arrobamiento.)
Conviértase mi voz en un murmullo,
para que llegue á tí como un arrullo.
Como arrullo quisiera
que mi voz te llegara;
de ritmo dulce, de cadencia clara;
caricia de los céfiros, ligera;

caricia temblorosa, que pasara
como pluma de cisne por tu cara.
¡Pluma de cisne, leve;
blanca y fina á la par! ¡Pluma de nieve!
Arrullo, si mi arrullo te conmueve,
que te halague el oído,
sólo de tí sentido.
Con encantos de aroma.
Con el latir de un pecho de paloma.
Deja, deja que aspire
tu aliento celestial; que en él respire;
para que pueda el alma, estremecida,
beber con ansia, respirar tu vida.
¡Que mi sér en tu sér se reconcentre!
¡Rayo de luz, por tus entrañas entre,
y en tu anhelante corazón me encuentre!
¡Alma del alma mía!
¡Rubio Sol de mi día!
¡Luna de mi ilusión, pálida luna!
¡Diosa de mi fortuna!
¡Amor de los amores!
¡Flor de todas las flores!
De todas las mujeres,
la más hermosa para mí: ¿me quieres?

—

FRAN. (Con gran ternura.)
En dos palabras, nada más, espero
que todas tus palabras
hallen respuesta.

PAOLO ¡Dímelas!

FRAN. ¡¡Te quiero!!
Te quiero, y al arrullo, que me aduerme,
de tu trémula voz de enamorado,
dijera que se duerme,
para no despertar,—¡en un callado
mar de tinieblas!,—todo mi pasado.

PAOLO ¡Cuánto, cuánto has sufrido!

FRAN. Ya, ¿qué importa?
¡Ya ni el recuerdo mi existencia amarga!
Para la dicha que me inunda, corta
juzgo la pena que sufrí tan larga.

PAOLO ¡Pobre *Francesca* mía!...
¡Fía en mi noble corazón; confía
siempre en la fuerza de mi amor profundo!

FRAN. ¿Quién podrá mi alegría
turbar, ni oscurecer? ¡Nadie en el mundo!
¡Dulce destino, y á la vez cuán fuerte!
¡Sigamos nuestra suerte bendecida!
¡Sigamos nuestra suerte!
¡Amándonos los dos! ¡Con una vida!
¡Muriéndonos los dos! ¡¡En una muerte!!

PAOLO Sí, *Francesca*. Gocemos del Destino.
¡En vano, siempre en vano,
lucha el designio humano
contra el acuerdo del poder Divino!

FRAN. ¡Verdad! ¡Verdad! ¡¡Verdad!!

PAOLO ¡*Francesca* mía!
¡Día glorioso! La inmortal Poesía
llega á nosotros tierna, halagadora...
¡La Poesía que ampara á los amantes!

FRAN. ¡Detén al Tiempo, tú! ¡Detén al Día!
¡Detén la tarde, ya! Detén la hora...
¡Detén, para mi dicha, los instantes!
(Ha ido oscureciendo. Suena un trueno lejano.)
¡Jesús!

PAOLO ¿De qué te alarmas? ¿De que vuelva
la tempestad?... Rugiente, (Con misterio.)
anoche su furor nos protegía.

FRAN. ¡Por el aire, tan tibio, de la selva,
parece que ha pasado, de repente,
una ráfaga fría!

PAOLO ¡Va muy lejos la nube! ¿Ves? Ya pasa
tu congoja... ¿Verdad? Tu mano abrasa.
¡Ven conmigo! Descanso
te brinda, en grato asiento, en paz dichosa,
este rústico tronco. En él reposa,
como el agua del río en el remanso.
(Siéntase, dócilmente, «Francesca»; Paolo, á su lado. Sigue menguando la luz.)

FRAN. ¡Qué constantes, qué intensas
emociones!...

PAOLO ¡Cuán hondas!
(Quédanse callados, mirándose. Pausa.)

FRAN. ¿En qué piensas?

PAOLO Estábamos así, ya dominados
por el amor naciente; ya encantados,
en inefable y púdico embeleso,
la tarde aquélla en que probé tu beso.

¿Te acuerdas, dí? La señorial estancia
la exquisita fragancia no tenía
de este oloroso ambiente;
pero tú la llenaste de fragancia,
con entrar solamente.
Yo tímido, prudente;
tú, virgen inocente,
lëíamos, cuán solos... En la historia,
de unos amores, dignos de memoria:
los que sintió, con perdurable halago,
que el lisonjero narrador celebra,
en tiempo antiguo, misterioso y vago,
por la Reina Ginebra
Lanceloto del Lago.
Lanceloto del Lago, Caballero
de la Tabla Redonda...
(Oyese otro largo trueno, más cercano.)

FRAN. ¡Más cerca el trueno resonó!

PAOLO (Deteniéndola dulcemente.) ¡Bien mío!
¿Dónde prefieres que mi amor te esconda?
(Siguiendo.)
En láminas diversas,
nuestros ojos vëían
cómo el porte, los cuerpos, los semblantes
de aquellos dos amantes,
más que suyos, los nuestros parecían.
Seguíamos su historia, cuando narra
cómo urdió sus astucias Galëoto;
cómo se vieron, por la vez primera,
la Reina y Lanceloto.

FRAN. Seguíamos atentos...
Sin alzar las miradas...

PAOLO Temblorosos los tímidos alientos,
temblorosas las manos enlazadas...
(Reproducen la escena, poseídos por su recuerdo.)
Cuenta la historia entonces
cómo la Reina pálida, indecisa,
desfalleció; gozosa, palpitante...
¡En un supremo instante!...
¡Cómo apagó la trémula sonrisa
de sus labios un beso de su amante!...
Prendidos por el lazo
de un imprevisto abrazo,
nos alzamos, ¡así!

FRAN. ¡Como la Reina,
en los brazos del noble Lanceloto,
desfallecí de amor!... ¡Con ansia loca!

PAOLO ¡Temblando, entonces, te besé en la boca!...
¡Nos besamos así!

(En el momento de ir á besarse, sueua de súbito, un trueuo más cercano aún. Rompe «Lanciotto» las mallas de follaje, y preséntase terrible y amenazador; trémula en su diestra la desnuda espada. «Francesca» y Paolo vuélvense, y lo ven al punto; micntras sigue retumbando el trueno.)

FRAN. } (Separándose.) ¡¡Jesús!!
PAOLO } *¡¡Lanciotto!!*

ESCENA IX

«FRANCESCA», PAOLO y «LANCIOTTO»

LANC. ¡Perjura! ¡¡Miserables!! ¿Quién os libra
de mis furores ya? ¡Lanzan las nubes
el rayo intenso que en mi espada vibra!
¡Muere! (A «Francesca».)

PAOLO (Amparándola con su cuerpo.)
¡Jamás!

LANC. ¡Los dos!

(Hunde su espada, en el grupo que formau, abrazados, «Francesca» y Paolo. Estos, al sentirse heridos, sepáranse de nuevo.)

FRAN. ¡Jesús!

PAOLO ¡Dios santo!

LANC. ¡Roto quedó el encanto!
¡Por ley de Dios! ¡Por ley de mi albedrío!

PAOLO (A «Francesca».)
¡Sangre mana tu pecho!

FRAN. ¡Päolo! ¡Mi Päolo! (A «Lanciotto».) ¡Sí! ¡Lo has [hecho,
todavía, más mío!

(Luchan «Francesca» y Paolo con la muerte, que de ellos se apodera. «Lanciotto» los contempla con satánica alegría.)

PAOLO *¡Verdugo de Francesca! ¡Vil tirano
*de su trágica vida!...

FRAN. *¡Cobarde fementido! ¡Fratricida!

PAOLO *¡Caín!

FRAN. (Con supremo arranque.)
*¡Caín! ¿qué hiciste de tu hermano?

PAOLO A traición la engañaste,
y á traición nos mataste...
¡Y á traición morirás!
(Estrechándola contra su corazón.)
¡¡*Francesca* mía!!

FRAN. (Desfalleciendo.)
Ruedo en las sombras... ¡Apagóse el día!

PAOLO ¡Mira, *Lanciotto*, bien! ¡Nos abrazamos
con toda el alma!...

FRAN. ¡Con el alma entera!

PAOLO ¡Juntos morimos! ¡¡Juntos!!

FRAN. ¡¡Juntos vamos
hacia la Eternidad, que nos espera!!
(Caen muertos, unidos, á los pies de «Lanciotto».)
(Música. Nuevo obscuro, profundísimo.)
(La voz de «Lanciotto» resuena en las sombras, clamando con furia y diciendo:)

LAN. ¡Mientes, Päolo! ¡Miente la perjura,
la criminal, la impura!
Vuestra unión, desatada
queda por fin. ¡Os desunió mi espada!

CANTO TERCERO

La misma decoración del primero

ESCENA ÚLTIMA

DANTE, VIRGILIO, «FRANCESCA» y PAOLO

Sigue la música hasta que el poema termina. Dijérase que el canto primero continúa. Los personajes reaparecen tal y cómo desaparecieron al terminar aquel

FRAN. Así dijo *Lanciotto*, en las tinieblas
de nuestra muerte, con terrible acento.
PAOLO Así dijo su voz, y en el regazo
de mi *Francesca* me dormí, sangriento.
¡Pero mintió *Lanciotto!*
FRAN. ¡Sí! No cambia
ni un punto nuestra suerte:
nos amamos los dos, ¡con una vida!;
perecimos los dos, ¡en una muerte!;
¡á la vez nuestras culpas expïamos!;
¡juntos perduran nuestros dulces nombres,
en el juicio severo de la Historia
y en el juicio piadoso de los hombres!
En tanto el miserable
solo murió, y en tenebrosas dudas;
sin que en su negra muerte le acudiera
más que una sombra infame: ¡la de Judas!
(Pausa.)
VIRG. ¡Seguid, seguid en paz vuestro camino,
vagas sombras!
FRAN. ¡En alas del Destino!

VIRG. ¡Paz mi voz os desëa!

DANTE ¡La paz del alma con vosotros sëa!

(«Francesca» y Paolo van retrocediendo, con vaga, suave lentitud, hacia el punto por donde aparecieron sus figuras en el primer canto. Un esplendor fantástico, blanquísimo, como de luz celestial, va envolviéndolos ahora en su camino. Tras ellos queda, como rastro de luz. Virgilio y Dante—mirando á «Francesca» y Paolo con suprema piedad—avanzan, por su altura, hasta colocarse en el centro de la escena.)

(A Virgilio.)
Mira. Luces brillantes
difunden á su paso los amantes...

(Han desaparecido Paolo y «Francesca». El rastro de luz, y Virgilio y Dante—siguiéndolos con las miradas—indican ahora que van subiendo, subiendo, en su nueva, dolorosa peregrinación.)

VIRG. (A Dante.)
Es luz que irradia su cariño eterno.
Luz del Amor que es alma de su historia.

FRAN. (Dentro.)
¡¡Es que en las mismas sombras del Averno
pone el Amor destellos de la Gloria!!

DANTE No el fallo de los hombres los condena.

VIRG. Los perdona, los ama, la Poesía,
que es tan noble y tan buena.

DANTE ¡Cristo, que perdonara á Magdalena,
para absolverlos, hablará en su día!

FRAN. (Dentro.)
¡Virgen santa!

PAOLO (Idem.) ¡¡Dios santo!!

VIRG. Lejos, lejos, resuena como un canto
que celebra su amor.

DANTE ¡Feliz lo escucho!

PAOLO (Dentro, y alejándose.)
¡¡Piedad, Señor, piedad!!

FRAN. (Idem.) ¡¡Sufrimos tanto!!

DANTE ¡Perdónalos, Señor! ¡¡Amaron mucho!!

TELON

La tragedia del beso ha sido puesta en escena prodigiosamente. Y ha sido interpretada de un modo admirable, con arte sumo.

Gracias mil, las más sinceras, las más expresivas, á cuantos procuraron, de algún modo al éxito feliz, tan feliz, de mi poema dramático. Desde el ilustre Don Fernando Díaz de Mendoza, por tantas razones ilustre, hasta el maquinista menos importante, de los que llevaban á cabo, con tal precisión, tan sorprendentes mutaciones.

C. F. S.

NOTA IMPORTANTE

El autor facilitará, gustosísimo, todas las indicaciones precisas para la parte musical de esta obra.

Obras de Carlos Fernández Shaw

POESÍA

Poesías, 1883.
El defensor de Gerona, leyenda, 1884.
Poemas de F. Coppée, traducidos en verso castellano, 1887.
Tardes de Abril y Mayo, 1887.

Poesía de la Sierra, 1908.
La vida loca, (libro laureado por S. M. el Rey, con el «Premio Fastenrath», á propuesta de la Real Academia Española), 1909.
El poema de Caracol. (En «El Cuento Semanal»), 1909.
Poesía del Mar, 1910.

PARA PUBLICAR

El Canto que pasa...
Poesía del Cielo.

TEATRO

Poema dramático en tres cantos:

La tragedia del beso.

Leyenda lírica en tres actos:

Margarita la Tornera.

Drama en cuatro actos:

Severo Torelli.

Comedias:

La Regencia, en cuatro actos; *Las figuras del «Quijote»*, en dos; *El hombre feliz*, en uno.

Drama lírico en dos actos:

Colomba.

Zarzuelas en tres actos:

La llama errante, *Los hijos del batallón*, *Don Lucas del Cigarral* y *La canción del náufrago*.

Comedias líricas en un acto:

La venta de Don Quijote y *El Certámen de Cremona*.

Sainetes:

Las bravías, *La revoltosa*, *Las castañeras picadas*, *Los buenos mozos*, *¡Viva Córdoba!*, *Los pícaros celos*, *El maldito dinero* y *No somos nadie*.

Zarzuelas en un acto:

El cortejo de la Irene, *La chavala*, *El gatito negro*, *Polvorilla*, *La buena ventura*, *Los timplaos*, *El tirador de palomas*, *El tío Juan*, *Las grandes cortesanas*, *Tolete*, *La puñalada*, *El alma del pueblo* y *Las tres cosas de Jerez*.

ESTUDIOS LITERARIOS

Relaciones entre la Ciencia y la Poesía. Memoria leída en el Ateneo de Madrid.

De François Coppée y de los poetas líricos franceses contemporáneos. Prólogo á la traducción de los poemas de Coppée



Precio: 1,50 pesetas